

Para tí ya no hay noches ni hay auroras:  
la eternidad sobre los ojos fienes...  
Deja pasar el carro de las horas;  
no su corcel refrenes...  
¡horas engañadoras!  
«¡Soledades sonoras!»  
¿Por qué llorar sus males ni sus bienes?  
¡Alma! ¿Por qué los lloras?

¿Por qué no dejas las mentidas galas  
de esa tierra sombría?  
Ya verás, alma mía,  
con qué subidos goces te regalas  
en el eterno día...  
Sube, paloma mía:  
¿no conoces la fuerza de tus alas?



## CIENCIA DE AMOR



## CIENCIA DE AMOR

A fuerza de padecer,  
á fuerza de sollozar,  
supe sentir, supe ver:  
¡no hay nada como llorar  
para amar y conocer!

Envanecido en la cumbre  
de esperanzas ambiciosas,  
me llenó de pesadumbre  
la trágica muchedumbre  
de los séres y las cosas.

Y entonces ví y conocí  
de súbito la verdad,  
y en sus lumbres me encendí;  
con hierros marcado fui  
de ternura y caridad.

Mi ciencia es toda de amor,  
y si en amor estoy ducho  
fué por arte del dolor,  
pues no hay amante mejor  
que aquel que ha llorado mucho.

¡Tribulación! ¡Sombra augusta!  
¡Cobijame en tus doseles!  
Al alma noble y robusta  
le sirve el dolor de fusta  
para aguijar sus corceles.

Sin tí, el mundo ¿qué sería?  
Sin la dura valentía  
con que las almas aprietas,  
quizá hubiese poesía...  
¡pero no habría poetas!



BARCAROLA



## BARCAROLA

**A**mor mío: se ha muerto la luna;  
se ha quedado la mar en finieblas...  
Ya no veo la lumbre del faro,  
ni el perfil de la alegre ribera,  
ni las tímidas luces del puerto,  
ni el fulgor de las blancas estrellas.

¡Qué triste silencio!

La barca navega  
derivando á merced de las olas,  
como nuestras vidas, como nuestras penas...  
¡Sabe Dios cuando irán nuestras naves  
á encallar en la playa desierta!

¿Por qué no me miras?

¿por qué no me besas?

¿tienes miedo del mar? ¿qué murmuras?

¿qué dices? ¿qué piensas?

He sentido temblar en mis manos  
 tus manos de cera,  
 y ha sonado un sollozo en los aires  
 y el rumor de una blanda querella...

La vida es de lágrimas,  
 el cielo es de bronce, las aguas son negras:  
 ¡ay qué triste es el mar, dueño mío,  
 de noche y sin luna, sin luces ni estrellas!

Gentil pescadora,  
 gentil marinera  
 de los garzos ojos, de los dulces labios,  
 de las manos blancas y la tez morena;  
 opio de mi alma, fiebre de mi carne,  
 lumbre de mis versos, sangre de mis venas,  
 ánfora de amores donde bebo el vino  
 de las alegrías y de las tristezas,  
 cáliz de mis glorias, vaso de mis ansias,  
 nido de mis sueños, copa de mis penas...

Dime que me quieres,  
 desata las trenzas  
 como aquella noche...  
 ¿ya no la recuerdas?  
 Tu cabello suelto parece de espuma...  
 parece la espuma de un mar en tinieblas.

¡Deja que recline mi abrasada frente  
 sobre las espumas de tu cabellera,  
 y que entre tus brazos lo mismo que un niño,  
 al calor de tus besos me duerma!...

Que bogue la nave  
 sin remos ni velas,  
 derivando á merced de las olas,  
 como nuestras vidas, como nuestras penas...

¡Noche sosegada, manto silencioso  
 de los amadores y de los poetas;  
 madre de los tristes,  
 lecho de placeres, campo de tragedias!  
 ¡Lejanías de cielo infinito!  
 ¡pesadumbre de mar sin riberas!

¡Oh mi hermosa amada,  
 gentil marinera  
 de los garzos ojos, de los dulces labios,  
 y sedosas trenzas;  
 opio de mi alma, fiebre de mi carne,  
 lumbre de mis versos, sangre de mis venas,  
 caliz de mis ansias, copa de armonías  
 ánfora de aromas, nido de tristezas!  
 ¡Dame un beso muy largo, de aquellos  
 que en mis noches de amor... ¿no te acuerdas?

¿Por qué no me miras?  
 ¿por qué no me besas?  
 Parece que lloras...  
 Parece que tiembles...  
 He sentido vibrar en el aire  
 tu blanda querella...  
 y ha rasgado un sollozo las sombras  
 de los cielos mudos, de las aguas negras.  
 El cielo es de bronce,  
 la noche es oscura como una caverna...  
 ¡Sabe Dios dónde irán nuestras naves  
 á merced de las olas desiertas!

¡Siento un vago terror en el alma!  
 ¡Siento un soplo glacial en las venas!  
 Se ha muerto la luna;  
 se ha muerto la tierra;  
 navegamos sin rumbo y sin norte  
 por un trágico mar sin riberas...  
 ¡Pobre pescadora!  
 ¡triste marinera!  
 ¡pobres de los nautas  
 que á la mar se entregan,

derivando á merced de las olas  
 como nuestras vidas, como nuestras penas!  
 ¡Mira el mar, mira el mar, dueño mío;  
 mira el mar de la muerte: ¿no tiembles?  
 Parece que cantan...  
 Serán las sirenas...  
 ¡Oh, qué triste canción! Al oír  
 mi sangre se para, mis ojos se cierran...  
 Es la eterna canción de la muerte,  
 la fatal barcarola que suena,  
 sobre el trágico mar sin orillas  
 sin luces ni estrellas.

¡Al fin amanecer!...  
 Corre un gris de Levante que hiela...  
 ¡Mira el mar, mira el mar, dueño mío!  
 ¡cómo mugen las aguas siniestras!  
 ¡Mira, mira á la pálida Iseo  
 y á Tristán, en la roca desierta,  
 con la fiebre de amor en el alma  
 y el terror de la muerte en las venas!  
 Han bebido en la copa de oro  
 el filtro de amores que abrasa y condena....  
 ¡Bebamos nosotros también! ¡Dueño mío!

¿Qué dices? ¿qué piensas?  
¡Bebamos! ¡bebamos! ¡la copa rutila!  
¡las arpas preludian las bodas supremas!  
¡bebamos el dulce licor de la muerte!  
¡bebamos mi amada!... ¡la copa está llena!...



ROMANCE MORISCO



## ROMANCE MORISCO

Rey moro quisiera ser  
del reino de Andalucía,  
para darte los tesoros  
de esta tierra peregrina.

Mojara en sangre de infieles  
hasta el puño mi gumía;  
desenterrara los huesos  
de Omniadas y Nazaritas,  
y recobrará el imperio  
de los antiguos Califas.

Poblara toda esta tierra  
de Alhambras y de Mezquitas;  
Córdoba fuera el serrallo,  
mi corte imperial Sevilla,  
mis sitios reales las playas  
de Málaga y de Almería;

por cárcel de amor te diera  
Granada y sus maravillas,  
y por muros de tu cárcel  
la Alpujarra y Sierra Elvira.

Te dieran sus huertos flores,  
te dieran sus campos brisas,  
te dieran sus ríos oro,  
sus céspedes alcatifa,  
aposeno sus palacios,  
seda sus alcaicerías,  
el cielo andalúz, corona  
con rayos de sol tejida;  
fueran reyes tus esclavos,  
fueran reinas tus cautivas,  
y diérate yo, Zoraida,  
como la más peregrina  
de cuantas cosas te ofrezco,  
mi amor, y con él la vida...

Yo lloraría desdenes,  
tú desdenes cantarías,  
que es condición de mujer

mostrarse dura y esquiva  
á los más blandos amores  
y á las dádivas más finas.

Yo, rey, sería tu esclavo,  
tú, esclava, reina serías;  
sin cuidado de mis males,  
sin piedad de mis desdichas,  
tal vez llorando me vieras  
al pie de tus celosías,  
como aquel galán rondeño  
al pie de las de Jarifa,  
dándole al viento mis quejas,  
diciéndote, en aljamía:

—¿De qué me sirvió, Zoraida,  
volver de Gelves con vida,  
si aquí el perderla me vale  
menos gloria y más fatiga?

¿De qué me sirvió, Zoraida,  
quebrar lanzas en Sevilla,  
ni aguantar con este brazo  
la furiosa acometida

de los toros jarameños  
 que á pulso el rejón derriba,  
 ni pasar por tus ventanas  
 con mi alazán á la brida,  
 con mi albornoz, mi bonete  
 y mi toca tunecina,  
 ni lucir estas preseas  
 allí donde andar solías,  
 ni sembrar todas las noches  
 de rosas alejandrinas  
 las ventanas y las rejas  
 donde mi alma está cautiva?

Más caballeros mataste  
 que los reyes de Castilla,  
 no con alfanges ni dagas,  
 cimitarras ni gumías;  
 muerte les dieron tus ojos  
 en vez de darles la vida...  
 ¿por qué unos ojos tan claros  
 han de matar cuando miran?

Toma, Zoraida, pues sabes  
 matar de amor, estas bridas,

mi capellar, mi marlota,  
 mi adarga y mi jacerina  
 y el suave almaizar de gasa,  
 las letras y las divisas,  
 signos de amor y de guerra  
 que me bordastes un día;  
 bien es que tomes todo esto  
 ya que tomastes mi vida...

Ociosas me son las armas,  
 pues son de tu amor cautivas;  
 no quiero yegua alazana,  
 no quiero doradas bridas;  
 negros serán los jaeces  
 los estribos y las ligas,  
 negra también la garzota,  
 y las espuelas, barcinas;  
 la lanza sin alheñar,  
 y en la adarga por divisa,  
 en vez de ufanas señales  
 pondré una luna pajiza  
 y encima, en oro, las letras  
 del nombre de mi enemiga.

¿No me respondes, Zoraida?  
Bien muestras, señora mía,  
que no conoces mis males;  
á saberlos ¿quién creería  
que viéndome lastimado  
me fuérades tan esquiva?

Rey moro quisiera ser  
del reino de Andalucía,  
aunque llorara desdenes  
al pie de tus celosías...



GLOSAS Y CANCIONES